

La memoria del invierno

<<Despierta. Despierta. No dejes de soñar...>>

Amanecía nublado, como en los pasados tres días. Ni siquiera había salido el sol, pero eso no era lo importante. Me decía a mí mismo que lo importante éramos yo y mis sueños... Aún tenía miedo, ese miedo del anhelo por lo perdido; de lo que no vuelve nunca más. Y ese temor ni siquiera me dejaba respirar; pues me hacía sentir abatido, como un globo hinchado que vuela por el cielo sin tener rumbo fijo; sin saber a qué lugar ir y quedarse. Era una sensación de opresión, como si fuera prisionero para siempre de mi propia existencia. Condenado por la melancolía y la nostalgia del tiempo, que me abrumaban cada día; traicionado por la memoria de los años, que acudía a mí tan solo algunas veces; porque unas pastillas redondas y anaranjadas me hacían vivir en otra frecuencia de la vida.

Las nubes se cargaban de nácar en un cielo que empalidecía. Probablemente volvería a llover y hasta que no descargase del todo no notaría la mejoría en mi cuerpo y en mi cabeza. El aturdimiento me capturaba de lleno y, rendido, me hacía permanecer en mi butaca de fieltro verde; tan solo con la compañía de una taza de café a medias. Seguí mirando a través de la cristalera, a través de las nubes blancas. Pronto se esfumaría la calma de la mañana que, sin previo aviso, se enredaba jugando con el viento; pronosticando lluvia y después tormenta. Ahora realmente actuaba como un funambulista; pero..., con las acrobacias de mi propia vida.

En una ciudad cualquiera

El carromato de color turquesa, tan bucólico y original, permanecía estacionado detrás de la carpa. Mudo y callado, ya llevaba detenido dos días, los previos a la apertura del espectáculo. Me sentía tan emocionado que, tumbado sobre la colcha de retales recosidos, pensaba solamente en mi función. En cómo realizaría mi actuación de equilibrista. Lo tenía todo programado en mi cabeza cargada de pájaros y fantasías. Tenía que concentrarme en la parte donde la música se elevaba para crear ambiente de

máxima tensión. Cuando el sonido de los tambores resonaba, dejando su eco tras el público que permanecería expectante. ¡Cómo me gustaba esa sensación! Mi interior vibraba con agitación, y mi corazón se henchía de gratitud cuando escuchaba los aplausos; sobre todo los aplausos efusivos de los más pequeños, niños cargados de caramelos en cucuruchos de rayas. Y percibí un profundo silencio bajo la cuerda extendida. Me imaginé danzando sobre ella como volatinero sin red. Superando aquel fino alambre que rozaban con firme equilibrio mis pequeños pies; *suspendido en el camino del aire*, como citó Saumaise. Y cuando por fin finalizaba mi ejercicio, al tocar el suelo percibía un hormigueo constante en el estómago. Pero más aún cuando veía a Dorota mirando por detrás de los tupidos telones.

Luego, de prisa y corriendo, me adentraba en el mundo de mi camerino; cambiando mi vestuario de equilibrista por el de la risa y los estrambóticos colores; pintando toda mi cara de blanco mate. Y, casi sin pensarlo dos veces, me ajustaba una nariz gorda y redonda, de un rojo intenso que, si te fijabas, se parecía al color que visten las amapolas. Después, cuando terminaba de actuar Doro, yo salía al escenario con dos de mis compañeros. Una melodía frenética, cómica y graciosa, nos ponía a los tres en disposición de hacer reír a carcajada limpia; creando un ambiente de farándula y enredo que divertía a todos. Y me di cuenta de que me encantaba fijarme en los niños y en su risa espontánea, llena de satisfacción y frescura.

Los vítores se confundían con los fuertes aplausos, y nosotros saludábamos con la mano enguantada abriendo los ojos de par en par. Verdaderamente era emocionante vivir todo aquello. Por eso me acostumbré a dar varias vueltas sobre el escenario, sonriendo con mi boca pintada, mientras agradecía a los asistentes su cariño y su valiosa presencia. Y a veces, el éxtasis de esos momentos me convertía en un feliz soñador que ponía puntos suspensivos al tiempo, que inexorablemente nos vencía sin compasión.

Luego, de nuevo en mi camerino, me quitaba el disfraz y volvía a ser yo: el Bruno de siempre, en su cama vacía. Mirando al techo tachonado de estrellas; pero sin ir a la deriva y sin alejarse.

Pensando en Dorota y en sus leones, y en la fuerza que imprimía al elevar su látigo que parecía levantar el viento, en su instinto para domarlos como si fueran sus mejores amigos, que le nacía sin duda de su interior más puro. Reconocí que me enamoré de ella un día de enero, cuando la nieve caía despacio sobre la carpa hasta cubrirla en su totalidad; dejándola impasible en el silencio de aquel invierno. Y visualizaba su melena negra como el azabache y sus azules ojos que semejaban al cielo de un azul distante, que invitaban a volar por dentro, tan solo para perderse. Una combinación perfecta para embelesarse; así, sin más. Porque la vida se empeñó en darnos la vuelta sin remedio.

Y ese invierno del 72 fue tan dulce que perduró, inalterable a través de los desgastados años, aunque fueran difíciles y poco a poco se fueran entristeciendo por el olvido del circo y su magnífico espectáculo.

<<Despierta. Sigue soñando. No dejes de vivir...>>

Empezó a llover delicadamente, acariciando los cristales del ventanal. Quizás eran mis propias lágrimas desalentadas las que se habían convertido en gotitas que resbalaban entre los recuerdos. No era la primera vez. Y seguro que tampoco la última. Puede que rodaran de nuevo para mirar curiosas a través del cristal, percibiendo que me estaba hundiendo. Entonces escuché el sonido ronco del picaporte. La puerta se abrió ligera, entrando en la estancia un aroma a flores silvestres. Era Dorota. Mi Doro querida que con su delicada voz seguía transmitiendo la paz que necesitaba. Y me calmaba; siempre lo hacía. Me preguntó si quería más café, besándome suavemente en los labios. Y yo, como de costumbre, la miré con la dulzura que a pesar de mi fragilidad todavía conservaba. Le retiré con mis dedos un mechón de pelo y la atraje hacia mí. Lloré en mi interior con mi corazón herido...

No supe decir nada. Ni una palabra pudo salir de mi boca. Solamente atesoré ese instante que me proporcionaba la vida, dejando que mi mente no sucumbiera a la amarga tristeza.

Eres como la primera parte de mi vida..., esa parte que me eleva para irme a volar solo contigo; quiero amar e improvisar, sin miedo a que haya una caída. Eres todo lo que alguien imagina y muero si tú no estás. Eres como las mariposas que se revuelven en el estómago escapando a medianoche para soñar. Y todo se detiene alrededor cuando me rozas...

Suspiré confiando en que mis pensamientos no cedieran a la melancolía y el desconsuelo, sino que habitasen en el bálsamo del amor cuando espera a que las caricias sean eternas.

Y las flores silvestres volvieron a desprender su delicado aroma...

Pedí más café y que me cantara alguna de esas canciones romaníes; las que aún se hacían hueco en mi alma. Las que se colaban dulcificadas y sin prisa.

Mi querida domadora de leones..., ahora convertida en domadora de mi vida, que no era mía; conquistando las tormentas y venciendo mis recaídas con su sonrisa y con sus dulces besos, los besos que nunca se habían dado por perdidos ni se olvidaron: besos que podían ganar, que curaban y se quedaban para siempre marcados, como a fuego lento, en la inestabilidad de mi sombría memoria.

Porque amar es capturar el ritmo de la vida...

Aunque caí sin red dejando que unas pastillas me hicieran sobrevivir, calmando las heridas que nunca quisieron ir.

Porque, amándonos, podríamos vibrar sobre la cuerda floja o entre las infinitas sonrisas.

Leonoram

